

TITA

XEL-HA

Mi mamá está triste porque el futuro
es inevitable.

Yo también
y también estoy triste
por la muerte de mi abuela,
que aún sin suceder está pasando.

Mi mamá fue
una buena hija,
es
todavía:
nunca ciertas cosas se quitan de los verbos,
las conjugaciones son
de vez en cuando engañosas.

Yo por mi parte
hago lo que puedo.

Tal vez no soy tan buena como ella
y tal vez no tenga hijas
que quieran ser mejores personas
de vez en cuando.

Es probable que no tenga nada ahora:
un pequeño mueble de cristal,
un alhajero vacío.

Yo también tengo miedo del futuro.

Mi abuela
cuando joven perdió dos hijos
o dos hijas,
mejor dicho,
que talvez sea perder más de dos,
perder futuro
acabar algo,
morirlo sin querer para siempre.

La cáscara de mi abuela es un útero
que hoy se me ha caído al piso.

Gema:
así se llama
mi madre
y Gema
mi hermana.
Yo soy otra piedra pero sin nombre.

Ha sobrevivido un meteorito
y nadie sabe
y todos se preguntan
de entre los escombros
quién es.

Cuál de todas las rocas chamuscadas
es la que ha sobrevivido
a la caída y al fuego.

Gema se llama
mi madre,
mi hermana.
Mi abuela se ha cambiado el nombre,
yo me llamo agua
en otra lengua,
la entiendo,
ya no dice cosas como las dice la gente
pero la entiendo.

Nos vamos de fiesta
en la cabeza de mi abuela.
Somos dos amigas
que tomadas de las manos cuchichean.
Somos dos amigas
que han perdido unas hijas y han ganado un hueco.

Luego vamos a un concierto a enamorarnos
de los músicos.

Qué nos sobrevive, abuela.
Qué hemos ganado ahora que hemos perdido tanto.
Cuándo nos vamos a morir juntas
para seguir juntas después del concierto de nuestras vidas,
para llegar a casa medio ebrias, risa y risa,
y sentir el temblor de los mundos
cuando abandonemos el suelo,
el incendio de las cosas.

Cómo se siente dar a luz,
abuela.
Quién nos da permiso de morirnos.



Los que se quedan / 2017 / Tinta
serigráfica sobre tela / 180 x 240 cm

